

VIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Hay etapas en la recuperación familiar en las que el amor se siente como estar esperando frente a una puerta que aún no se ha abierto. Oramos por alguien que nos preocupa, motivamos un tratamiento, establecemos límites, asistimos a juntas y tratamos de responder con sabiduría. Sin embargo, el cambio que anhelamos puede llegar de forma lenta. La recaída, la negación, las promesas rotas o la inestabilidad continua pueden hacernos preguntarnos si Dios está escuchando y si realmente vale la pena lo que hacemos.

La mujer cananea en el Evangelio del domingo entiende el dolor de pedir ayuda para alguien que ama (Mateo 15:21–28). Su hija está sufriendo y se acerca a Jesús con una desesperada súplica: “*Señor, hijo de David, ten compasión de mí*”. En un inicio, Jesús no le responde. Los discípulos le piden que la atienda para que aleje. A pesar de eso, ella se queda. Se postra ante Jesús y le dice: “*¡Señor, ayúdame!*”

Su perseverancia es convincente, pero también lo es su humildad. No pretende poder curar ella misma a su hija. No exige que Jesús actúe cuando lo pide. Ella le transmite su preocupación con honestidad y sigue confiando en Su misericordia, incluso cuando la respuesta no es la que esperaba. Jesús finalmente dice: “*Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas.*” Su hija queda curada desde ese momento.

Quienes estamos afectados por la adicción o el comportamiento poco sano de otra persona, podemos reconocer este anhelo. Queremos el remedio para la persona que amamos, y también queremos poner fin al temor, la confusión y la afectación que llega a nuestras propias vidas. Nuestras oraciones pueden convertirse gradualmente en intentos de persuadir a Dios para que produzca el resultado que ya hemos decidido que es el mejor. Podemos confundir la perseverancia fiel con la vigilancia constante, con el rescate reiterado o con intentar obligar a otra persona a recuperarse.

La mujer cananea demuestra una actitud diferente. Lleva su ser querido ante Cristo, pero no toma Su lugar. La recuperación familiar

nos enseña a preocuparnos intensamente, al tiempo que aceptamos los límites de nuestra responsabilidad. Podemos ofrecer apoyo, decir la verdad, establecer límites sanos y motivar la recuperación. No podemos hacer que otra persona tenga honestidad, sobriedad o disposición. La entrega significa poner, tanto a nuestro ser querido como a nosotros mismos, bajo el cuidado de Dios, pidiendo la sabiduría para saber qué es lo que nos pertenece.

Esta actitud refleja el movimiento del Paso Dos al Paso Tres. Llegamos a creer que Dios puede devolvernos el sano juicio, especialmente cuando el temor y la obsesión han limitado nuestra visión. Entonces, tomamos la decisión de confiarle a Él nuestra voluntad y nuestras vidas. Esa decisión incluye soltar los resultados que no podemos controlar. La fe perseverante no nos obliga a permanecer en situaciones dañinas ni a aceptar comportamientos inaceptables. Nos permite actuar con valentía sin que nuestra paz dependa de las decisiones de otra persona.

La primera lectura aumenta esta esperanza. Dios promete de que Su casa será “*una casa de oración para todos los pueblos*” (Isaías 56:1, 6–7). Nadie está fuera del alcance de Su misericordia. Esto incluye al ser amado que parece no tener disposición, al familiar que ha causado un dolor profundo y a quienes nos hemos desgastado al intentar mantenerlo todo en orden.

Puede ser que la sanación no se desarrolle según nuestro programa predilecto. La recuperación de nuestro ser amado puede seguir siendo incierta. Aun así, Dios puede restaurar la claridad, la dignidad y la paz en nuestro interior. Cada vez que oramos con honestidad, ponemos límites necesarios, buscamos ayuda o dejamos a Dios un resultado, cooperamos con la gracia.

La mujer cananea nos recuerda que la perseverancia humilde nunca es en vano. Podemos seguir llevando nuestros seres amados ante Cristo al mismo tiempo que le permitimos llevar lo que nosotros no

podemos. Su misericordia es mayor que la adicción, más fuerte que nuestro temor y suficiente para nosotros, incluso antes de que las circunstancias cambien.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos tus esfuerzos por ayudar a quien amas han pasado a supervisar, rescatar o intentar controlar los resultados?

- ¿Qué persona o situación se te pide que pongas ante el cuidado de Dios de manera más total?

- ¿Qué límite, acto de entrega o solicitud de apoyo pueden ayudarte esta semana a cooperar con la gracia?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 56:1, 6–7

SAL. RESP. Salmo 67:2–3, 5, 6, 8

SEGUNDA LECTURA Romanos 11:13–15, 29–32

EVANGELIO Mateo 15:21–28